

En esa época no solo se produjo un retorno a la pintura, sino que existió un amplio espectro de individualidades bien marcadas, dedicadas a prácticas artísticas heterogéneas de filiación, llamémosla así, posminimal y posconceptual. Paisaje variado que iba desde el marxismo rockero de Darío Corbeira hasta el esnobismo ilustrado de Javier Utray (palíndromo, pálida broma...), pasando por el verbo imparable y ebrio de infinito de Nacho Criado; la actitud pausada de quien auscultaba sombras y acechaba desdoblamientos (Juan Navarro Baldeweg antes de su vuelta a la pintura); la literalidad rebelde y sin contemplaciones (Esther Ferrer y Juan Hidalgo); la hibridación progresiva con el arte sonoro (Concha Jerez y José Iges); el asalto de la evidencia y la perogrullada desconcertante (Isidoro Valcárcel Medina)... y el «arte povera» de quienes aprovechábamos como materia prima la poda municipal y los rellenos de sastrería (Adolfo Schlosser y yo misma). Y no sigo porque me pierdo en recuerdos demasiado puntuales. Era la época de la revista *Humo* y de dos joyas bibliográficas que en vano se buscarán en Google, pues no están: *Figuras de definición* de Patricio Bulnes y Juan Navarro Baldeweg (Libros de la Ventura, Francisco Rivas editor, Madrid, 1980) y *El bailarín pleinair* de Patricio Bulnes (Abril y Buades editores, Madrid, 1986). Figura esta del «bailarín pleinair» que, entre dibujos y microrrelatos, contiene no pocas claves para apreciar la dosis de humor y lucidez del Madrid de aquellos años. Más allá de aquella escena en la que trabajábamos, los nombres de Hannah Wilke, Valie Export y Ana Mendieta, y exposiciones como *Das Spiel des Unsagbaren* (Secession, Viena, 1989).

Eva Lootz